

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SANTA ISABEL DE HUNGRÍA



Temas de Estética y Arte

XVII



Sevilla, 2003

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

TEMAS DE
ESTÉTICA Y ARTE
XVII



Impreso en: SAND, S. L.
C/ Transversal Mercedes Barri, 6 - Camas (Sevilla)

Impreso en España - Printed in Spain

Depósito Legal: SE-997-1987
ISSN: 0214-6258

**SESIÓN CONMEMORATIVA DEL
PRIMER CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE SOR CRISTINA DE LA CRUZ ARTEAGA
Y FALGUERA**

SEMBLANZA DE LA ESPIRITUALIDAD DE SOR CRISTINA DE LA CRUZ

No fue fácil su vida. Ella misma nos lo dice:

Nada superé lo que he sufrido.

Tú lo sabes, Señor.

¿Cómo quisiera estar en el olvido

que todo el drama de mi vida he sido,

la lucha del amor contra el Amor?

Una vida marcada por la Cruz, inseparable de ella, a pesar de su santidad. La distinguía siempre. Bien hizo en tomar como nombre Sor Cristina de la Cruz, porque iba a ser ésta el distintivo de su vida. Una cruz que se refleja en su vals y la acompaña en todo momento, porque es curiosamente aceptada y querida, por ser la misma Cruz de Cristo. Curiosamente había oído antes las palabras de San Pablo a los Gálatas:

Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarne al no ser en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo; en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gal. 6,14).

Conmemoramos este año el centenario del nacimiento de Sor Cristina de la Cruz, que tuvo lugar en Zarauz (Guipúzcoa) el 6 de septiembre de 1902. Acercarnos otra vez a ella con el recuerdo es un signo de fidelidad y de admiración. Más ahora, en que la Iglesia ha aprobado el inicio de su Causa de Beatificación, y esto hace que nuestra memoria esté todavía más llena de veneración. Ningún sitio mejor para recordarla que este Monasterio de Santa Paula, a donde llegó, traída de la mano del Señor, en 1942.

No fue fácil su vida. Ella misma nos lo dice:

Nadie sospechará lo que he sufrido.

Tú lo sabes, Señor.

Nunca quieras echar en el olvido

que todo el drama de mi vida ha sido:

¡la lucha del amor contra el Amor!

Una vida marcada por la Cruz, inseparable de ella, a pesar de su sonrisa que la disimulara siempre. Bien hizo en tomar como nombre **Sor Cristina de la Cruz**, porque iba a ser ésta el distintivo de su vida. Una cruz que se refleja en su vida y la acompaña en todo momento, pero que es cordialmente aceptada y querida, por ser la misma Cruz de Cristo. Frecuentemente hacía suyas las palabras de San Pablo a los Gálatas:

Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo” (Gál. 6,14).

* Acto que tuvo lugar en la iglesia del Monasterio de Santa Paula, el 30 de Abril de 2002.

Nadie podría sospechar que una joven, que tenía delante todas las posibilidades más atrayentes de este mundo, prefiriera cambiarlas por la Cruz de Cristo. Pero así fue a todo lo largo de su vida espiritual.

Hubo tres signos de esta cruz en que apareció más definida en su vida: la dedicación a Dios, a la Iglesia y a la vocación contemplativa. Y en todo esto, siguiendo esta manera particular del seguimiento de Jesús de Nazaret, que la llamaba a andar por este camino.

La vida de Sor Cristina de la Cruz estaba destinada para Dios; lo descubrió desde muy joven. Pero este mismo descubrimiento no estuvo iluminado por una claridad meridiana: en 1927 ingresa en la Abadía Benedictina de Solesmes, pero a los seis meses cae enferma y tiene que abandonar el monasterio, en donde se encontraba plenamente centrada. Dios la tenía destinada para otro campo en la vida contemplativa. Descubre su vocación jerónima: ingresa en el Monasterio de la Concepción de Madrid en 1934, pero dadas las circunstancias excepcionales de aquel tiempo, tiene que abandonar también aquel monasterio, hasta que Dios la conduce a Santa Paula de Sevilla, que era el sitio en donde Dios la quería. El 9 de mayo de 1942 hace aquí la profesión solemne con la ceremonia de la "Consagración de vírgenes", en manos del Cardenal Segura. Mucho tuvo que sufrir Sor Cristina hasta dar con el lugar concreto en que Dios la quería, pero siempre siguió fielmente las inspiraciones que iba recibiendo.

Si seguimos su vida de entrega incondicional a Dios, descubrimos que no fue fácil dar siempre con las señales claras de Su Voluntad. Eso sí, por parte de ella nunca faltó una posición humilde de abatimiento para encontrarla. Su camino de acercamiento a Dios pasa desde el temor humilde al amor más alto. En su escrito "Servid al Señor en el temor", explica Sor Cristina este proceso:

¿Llegará el momento en que este punto de partida, en que este asidero de la vida espiritual estorbe y se puedan soltar sus amarras para volar libremente? Parece que sí, porque coronados los doce grados, dice San Benito que llega el monje a aquella perfecta caridad que echa fuera el temor. Se trata, sin embargo, del temor servil y aun de un temor filial, imperfecto todavía, excluido ya por la entrega absoluta del alma, que ha alcanzado esa libertad gloriosa de los hijos de Dios, que es inmensa sujeción. "Ama y haz lo que quieras", dice San Agustín. "Ya por aquí no hay camino, que para el

justo no hay ley”, puntualizará San Juan de la Cruz. El alma, purificada, desprendida de sí, restablecida en el centro de su humildad, “in caritate radicata et fundata” vive la plenitud de la ley que es el amor, la plenitud de la sabiduría que es temer a Dios”.

La entrega a Dios de Sor Cristina de la Cruz le lleva hasta las cimas más altas del amor, después de haber pasado por un camino espiritual lleno de oscuridades. Al encontrarse con Dios de un modo definitivo, se encontraba en Él también con los demás. De aquí su incansable e ilimitada entrega a los hermanos, a todos, porque todos tenían cabida en su inmenso corazón. De esto somos testigos todos los que tratamos a Sor Cristina durante su vida.

La vocación de Sor Cristina de la Cruz está también marcada profundamente por su entrega a la Iglesia. En este aspecto también tuvo que sufrir con frecuencia las astillas de la cruz en el cumplimiento de lo que Dios le pedía, a veces nada fácil. El Nuncio de Su Santidad, Gaetano Cicognani, le encarga un informe sobre la vida monástica femenina en España. Es elegida Priora del Monasterio de Santa Paula en 1944, y es autorizada para visitar otras casas de la Orden Jerónima. Sor Cristina piensa en la unificación. Ya se acercaba a la iglesia el Vaticano II, que iba a traer este espíritu de unidad, y el Nuncio encarga a Sor Cristina la preparación de la Federación de Monjas Jerónimas. Ella redacta los estatutos, y es recibida en audiencia privada por S.S. Pío XII. El 30 de julio de 1957 se constituye la Federación por un decreto pontificio. Poco después, Sor Cristina es elegida Priora General por las representantes de los 14 monasterios que entonces había.

Sor Cristina de la Cruz tenía un espíritu valiente, con ese atrevimiento propio de las almas de Dios. Es iluminativo un artículo suyo —“¡Serás renovada, oh Sión!”—, en que describe la necesidad de la renovación en la vida religiosa que la iglesia quiere, y pone dos normas supremas a que atenerse: “Que el Evangelio sea nuestra regla suprema” y “Que conozcamos y sigamos el espíritu de nuestros fundadores”. Con estas dos normas a la vista, no hay que temer nada en el seguimiento de la Iglesia.

Un documento clave para entender la espiritualidad abierta de Sor Cristina de la Cruz, adaptada al momento actual de la Iglesia, es su artículo titulado “Se han dilatado los espacios de la caridad”. De él son estas frases:

En este mundo cambiante, devorador de distancias, mundo ambiguo, de valores nuevos que, por certeros epítetos definió el Cardenal Suenen en su discutida "Promoción apostólica de las religiosas de hoy", se le impuso a la iglesia, madre, que quería adaptarse a la evolución, en celeridad alucinante, y a las extraordinarias dimensiones de un mundo nuevo, una sobrehumana tarea. El Concilio, que fue su mismo corazón latiendo apresuradamente durante tres años, tuvo que sentir, sobre todo en sus principios, la alta tensión del esfuerzo. Y ahora, coronada la meta, cuando comenzamos a darnos cuenta de la magnitud del empeño, se me viene a la mente, para sintetizarlo, la bella frase de San Agustín que leemos en el "Común de Abades": "Si Angustiantur vasa carnis, delatentur spatia caritatis" (Si se estrechan los vasos de la carne, que se ensanchen los espacios de la caridad)".

No cabe duda que no todos tenían la anchura de corazón de Sor Cristina de la Cruz; tuvo que sufrir incomprendiones y malentendidos, pero siguió adelante con la luz iluminadora del Espíritu que no le faltó nunca. No cabe duda que ella fue una figura señera en la iglesia del siglo XX, acomodada a su tiempo, que marcó pasos muy seguros y adelantados en la vida de la vocación contemplativa, a la que se sentía tan particularmente llamada.

Desde muy joven descubrió que Dios la llamaba a una vida de apartamiento en la contemplación. Pero no para desentenderse allí del mundo circundante, sino para poder unirse más a él en Dios. Este es el misterio de la vocación contemplativa: el apóstol está en el mundo para hablarle de Dios, y los contemplativos están en su soledad para hablarle a Dios de los hombres. Esto lo comprendió y lo vivió siempre Sor Cristina de la Cruz en su vocación. No es extraño que, entusiasmada con su vocación contemplativa, defendiera siempre la "actualidad" del vida de clausura. Pero una clausura como ella la entendía, con un corazón abierto a todas las necesidades del mundo circundante. Hasta cierto punto, dice ella, desde la clausura se ven con más perspectiva las necesidades de los hombres para pedir a Dios por ellas (en "Yo te daré un libro vivo").

Esta actitud comprensiva y abierta le llevó a tener una enorme universalidad en su espíritu: le decidió a abrir las puertas de sus monasterios y, mucho más, de su enorme corazón a tantas vocaciones llegadas de otros

países; a querer que se conociera la vida interior del monasterio hasta a través de la televisión, para dar así a conocer mejor la vida contemplativa, etc...

Toda esta inquietud desde dentro hacia fuera puede hacernos pensar que Sor Cristina de la Cruz fuera partidaria de relajar los rigores de la clausura. Nada más lejos de la realidad. A los que quisieran hacer esto, les responde en un artículo que lleva por título aquellos versos de San Juan de la Cruz: "*Y no toquéis el muro, porque la Esposa duerma más seguro*".

No olvidemos que, sobre todo, Sor Cristina de la Cruz era monja jerónima. Se dan en ella las características del carisma de la Orden Jerónima: amor a Cristo, a la Palabra de Dios en la Biblia, y a la vida litúrgica. Sobre estos temas escribe páginas bellísimas, que son una manifestación de su espiritualidad interior.

Aquí tenemos los rasgos más significativos de la espiritualidad de Sor Cristina de la Cruz. Un alma que vivió su vida de dedicación a Dios siempre a la sombra de la Cruz de Cristo, que tomó por nombre. Pero que supo vivir el aparente contra-sentido de la "alegría de la cruz": un gozo intenso y sentido de acompañar a Cristo en la tarea de la redención. Y como toda redención lleva consigo la cruz, así la aceptó también Sor Cristina de la Cruz.

Fernando García Gutiérrez, S.J.



Alfonso Grosso Sánchez.

Retrato de Sor Cristina de Arteaga y Falguera (Monasterio de Santa Paula de Sevilla)